

III

El estudio de un puntillista

El invierno ha llegado. ¡ Paz en la tierra y nieve en las alturas de Montmartre!

Su majestad el Frío, ese caballero de barba blanca, espantajo de termómetros y acaparador de hielo, se ha presentado insolente á la faz de todos, y de una andanada ha sembrado de nieve árboles y calles, azoteas y balcones y todo lo que mira de cara á la intemperie.

La nota blanca es la nota dominante en los malos tiempos que corremos. Como cintas de blancura mate, se ven las calles destacarse sobre un blanco ceniciento: el blanco obscuro del cielo; blancas son las cornisas que dibujan las casas y se alejan en recortada perspectiva; blanco el aliento de los caballos que se difuma en vapor sobre otro blanco más blanco todavía; las ramas y los postes, blancos son; y el molino, el mismo molino, da vueltas y más vueltas para librarse de esta nota, que como á pájaro enfermo le encoge las alas y le hace temblar de frío.

Pero él es de madera, al fin y al cabo, y de buena madera; pero nosotros, por ser de carne y hueso, temblamos mucho más á pesar de nuestros gabanes, cuando, abrigados con ellos, salimos para hacer una visita al taller de un amigo y bajamos por las tortuosas callejuelas del cerro de Montmartre.

Los pocos viandantes que se atrevían á cruzar aquellos bancos de hielo, se destacaban en obscurísima silueta como sombras; sus pasos se imprimían de trecho en trecho sobre la nieve, dejando la forma de sus pies calcada en aquel molde nevado, y en los surcos alineados se podía adivinar los seres que por allí habían cruzado: grandes huellas descubrían el paso de un hombre, otras poqueñas la señal de un niño, y dos muy acercadas, diminutas, las unas y las otras con grandes clavos, señalaban la pista de una pareja que el frío terrible había acurrucado y unido en aquellas soledades.

Caminando con cuidado, ó más bien patinando, fuímonos deslizando por aquella larga cuesta.

Llegamos á una esquina de la calle de *Clignancourt*, donde tenía el estudio nuestro amigo, y resignados subimos una escalera que debía conducir muy cerca de las nieves perpétuas, por lo interminable.

Al llegar á las cimas de una azotea, y antes de entrar en el estudio, que allí se abría por una pequeña puerta, nos detuvimos á contemplar el inmenso espectáculo que desde allí se dominaba.

El gran París se extendía en el fondo claro y diáfano, como sumergido en un inmenso baño de plata. Los tubos de las chimeneas despedían tenue humo que se arrastraba y confundía con la niebla, y entre este consorcio de vapores se destacaban con colores pálidos las grandes cúpulas y los altos campanarios; las espaldas de la Opera en colosal triángulo; las torres de *Notre Dame* con la aguja elevándose como un gótico minarete; la dorada cúpula de los Inválidos, de color de ocre apagado; la fa-

mosa Eiffel, como un pararrayos que penetraba en las nubes; el Arco de la Estrella, medio oculto entre un mundo de árboles y casas; y más al fondo, la masa de San Sulpicio y el *dóme* redondo del Panteón nadando entre colores azules, y el barrio latino perdido en aquella blancura immaculada.

El frío no nos permitió mirar largo rato aquel vasto panorama y llamamos á la puerta del estudio. Abrióse.

Nuestro amigo salió á recibirnos en la única sala que había en aquel interior de artista.

— No llegais mal, — nos dijo. — Hoy luce fuego en la estufa (lo que no sucede siempre) porque tengo modelo, como podéis ver y convencers, y hay que tener consideraciones con el sexo femenino. Si esto tiene una ventaja para vosotros, — añadió luego, — tendrá una desventaja en contra vuestra, y es que en el mismo fuego que podrá calentaros quemé no hace mucho la última silla, y tendréis que estar á pie firme. Así es que acercaos á la lumbre, que allí quema vuestro asiento. Otras dos tenía (y no de mala madera), pero las presté á un pintor vecino un día que unos buenos burgueses tenían que visitar su estudio para hacerle compras al por mayor, y hasta el presente aquellos muebles no han vuelto á poner los pies en esta casa.

No nos sentamos, pues, y mientras él continuaba trabajando, examinamos la sala.

La luz entraba por todos lados. Una luz blanca, monótona y que recordaba el aire libre con la nota gris dominante. Bañábanse los objetos de una pálida y triste frialdad de anfiteatro; había una mesa llena de papeles y ceniza; dos pipas de yeso pen-

dían de la pared; unos papeles japoneses colgaban húmedos de una puerta llena de colores sacados de la paleta, y un libro color de rosa yacía en un rincón, abandonado.

— ¿Qué libro es ese? — preguntamos.

— No lo sé. Lo compré en el muelle del Instituto por la nota de color de las cubiertas.

Miramós los estudios.

En ellos se veía el alma y la escuela de nuestro amigo. Todos estaban pintados con puntos diminutos de colores enteros: el azul lo formaban puntos de cobalto con otros de amarillo claro para lograr el intermedio del verde; el cielo eran puntos violeta alternando con toques diminutos de encarnado al lado de veronés, como color complementario; y los caminos soleados, las manchas caldeadas de mediodía, puntos de amarillo con ultramar en las sombras.

La primera impresión que producían estos estudios de tan rara teoría era ingrata, como complicada música oída por vez primera; era una sensación parecida á la que produce la luz en la retina al abrirse una ventana; pero ya acostumbrados los ojos á contemplar aquella lluvia de puntos encendidos, veían unirse los colores en armonía brillante; la claridad brotaba de aquellos lienzos, que adquirirían relieve vigoroso, y el aire, el aire libre circulaba por ellas con esas sutilezas y fugaces evoluciones de la atmósfera, tan difíciles de detener sobre la tela.

— No miréis esto, — nos dijo. — No son más que ensayos, y nada he logrado con ellos. La lucha, la eterna lucha que sostengo y sostenemos, quizás

sea temeraria. Siempre la silueta es el escollo con que tropieza el pintor al querer copiar el aura del color y la intimidad del aire. La línea no existe, no, no existe, y siempre tropezamos con ella en todas partes como un fantasma que nos persigue. La tradición de tantos artistas que con sus obras han llenado los museos, nos hacen vacilar y dudar de las convicciones que entrevemos allá en el fondo del pensamiento. ¿ Qué hizo Rafael ? Dibujar la forma y olvidar el color. Sí, no lo neguéis : olvidar el color, que debe ser el alma de la pintura. ¿ Y Tiziano ? Modelar la silueta, como Rubens la exageró y como la disecó Miguel Angel. Amigos míos, la forma vaga siempre en el aire, y este aire da la nota, y esta nota es uno de los mayores tormentos de la pintura moderna. Mirad el modelo. Esta mujer no es más que una serie de tonos que vagan como sombras y reflejos por entre la luz del estudio.

No quisimos contradecirle y miramos el modelo.

Estaba colocado encima de un taburete, por falta de otro mueble, y por su piel corrían temblores de frío, á pesar de aquella estufa alimentada con el mismo mobiliario. Tenía el cabello suelto, un cabello casi rojo ; los brazos, levantados ; la cabeza, inclinada, y se apoyaba sobre una pierna adelantando una rodilla. En su cara se pintaba la indiferencia de la modelo de oficio, de la pobre mujer que va de cuadro en cuadro como un objeto de adorno ; que se aquilata su valer por la forma de su cuerpo ó el color de su cabello, y que se tiene olvidada en el estudio como el libro aquel de las rosadas cubiertas.

El pintor la miraba con los ojos entornados, se alejaba del cuadro para verlo á distancia, volvía á

acercarse para dar algunas pinceladas, y buscaba, buscaba en vano en la paleta las íntimas suavidades de color que temblaban en aquella carne de color mate amarillento.

Por fin tiró los pinceles, diciendo :

— Yo no sé : hoy esta mujer es azul como un diablo.

La modelo, sin moverse, bajó los ojos inquieta á fin de ver si realmente se había vuelto azul como decían.

— Este blanco azulado es, sin duda, el reflejo de la nieve, — le dijimos nosotros para darle ánimo.

— Quizás sea esto ; pero, sea lo que fuere, hace seis meses que estoy batallando con este cuadro ; seis meses, que serían mi ruína, si no estuviera arruinado desde mi tierna infancia. Todos los días despinto lo que pinté el día antes, porque esta es la mujer más variable de tonos que he visto en mi carrera de desengaños. Como podéis ver, el cuadro debe representar una mujer bañándose entre dos baños : uno de agua clara y otro de aire turbio. Al empezar el cuadro inundé el local y la puse de pie sobre las aguas para estudiar ciertos contrastes ; pero los vecinos se quejaron de mis estudios, y como no pago el alquiler con la puntualidad debida, tuve que declinar mis convicciones. Mi sueño dorado hubiera sido poder pintar el desnudo sobre la blanca nieve ; pero el organismo humano no consiente ni resiste estos ensueños del espíritu. ¡ Qué hermoso, ¿ verdad ?, qué hermoso hubiera sido un cuadro lleno de inmensa sábana blanca, haciendo destacar el color de rosa de un cuerpo ! ¡ Cómo se hubiera borrado la línea en aquella espléndida blancura, sa-

liendo el color vencedor de la ingrata silueta ! Y ¡ qué delicados efectos hubiera producido en la carne el frío intenso helando la sangre y pintándola de suavísimos matices !

La modelo, en tanto, al son de esta relación entusiasta, sintiéndose en aquellas soledades de nieve, ó no sintiendo ya los efectos de la estufa, que se iba apagando poco á poco, empezó á temblar de pies á cabeza de tal modo, que el pintor, compadecido, le dijo :

— Vístase y hasta mañana.

Se vistió, y dijo antes de marcharse :

— ¿ A qué hora ?

— A las ocho en punto.

— ¿ Y si nieva ?

— Aunque caigan rayos helados.

Fuése y nos quedamos solos.

El estudio se iba obscureciendo por momentos, dejando en la sombra el fondo de la puerta, donde se veían las manchas de las figuras japonesas ; el humo de los cigarros se columpiaba en el techo y volaba por delante de la claraboya ; los cristales, empañados, se cubrían de ramajes de hielo, y sentados encima de la mesa contemplábamos al artista, que apoyaba su macilenta cabeza encima del caballete y miraba el cuadro con tristeza.

Miraba el cuadro, y veía que entre aquella luz vaga é indecisa, los puntitos de colores de su obra se mezclaban, el rastro del pincel se perdía en los pliegues del modelado, y la figura se erguía sobre el verde del fondo como una flor amarilla suspendida sobre la yedra de un muro.

— Esta obra la destino al Salón venidero. Probaremos fortuna otra vez, y otra vez seré rehusado, como de costumbre. Un sólo cuadro me he visto admitido en mi vida, y ¿ sabéis por qué le admitieron ? Porque era negro como una pesadilla y pintado con las recetas que administra la sesuda Academia. Al devolverlo al estudio creí que entraban un féretro, y sentíme invadido de amargos remordimientos. Entonces fuí yo quien ni quería admitirlo, y les dije que lo llevaran á casa Bonnat ó Paul Laurent, que yo no gastaba semejantes carbones, y que en prueba de ello que miraran mi paleta. Aquí lo dejaron, sin embargo, y allí dentro lo tengo. Sólo el día de los muertos lo expongo, en medio de la sala, con dos cirios encendidos. Donde expongo, y no hago mal papel entre los míos, es en la exposición de artistas independientes, en el pabellón de la villa de París. Allí exponen con nosotros Signac, Pissaro, Gros, Seurat y otros *puntillistas* de talento. Entre ellos figuran algunos impresionistas, gente que empezaron bien la batalla, pero que van quedando rezagados, y esgrimen también su fuerza los *chercheurs*, pintores cuyo lema es buscar, buscar siempre y no contentarse nunca de sus obras. Esto me pasa á mí. ¡ Siempre el temor asaltándome de poner algo en mi arte que no sea sincero ! ¡ Siempre la idea, que me roba el sueño, de que un día me cansé de pintar lo que sentí y me entregue á las péfidas exigencias del dinero ! ¡ Es tan amargo, amigos míos, seguir una vocación y no inclinarse ante el que paga, cuando el hambre y el frío llaman á la puerta del estudio ! Figuraos que mi madre, mi pobre madre, que vive en un rincón

de provincias, allá en las costas del Atlántico, me manda todos los meses veinte duros, y Dios sabe las privaciones que le cuestan y las lágrimas que llegan con ellos. Mis parientes no quieren, ni nunca quisieron que fuera artista, y se obstinan en que me deje abandonado; y ella lucha con ellos y con su ignorancia, y sin saber lo que hago, ni lo que busco, ni qué es lo que deseo, tiene fe ciega en mis obras y me alienta en sus cartas, siempre llenas de sonrisas y de dulcísimo consuelo. Una vez envié á mi pueblo los mejores cuadros que había hecho. Nadie allí los comprendió, ni supo de qué lado debían mirarse, ni lo que eran, ni lo que querían ser, y sólo ella los juzgó superiores y los guarda en la sala, como una reliquia gloriosa.

Al decir esto no pudimos saber si lloraba, porque se volvió de espaldas, mirando el fondo de París, que se iba obscureciendo, y estuvo un rato callado y en actitud pensativa.

— Una vez me propusieron que me fuera á enterrar en vida á mi pueblo, ofreciéndome ser maestro de dibujo. ¡Yo, maestro de dibujo, el eterno enemigo de la línea! Reí y lloré, y fui débil escribiéndoles mis teorías, de las que no entendieron ni una sola palabra. ¡Qué habían de entender ellos! ¿Cómo hacerles comprender mi anhelo de buscar la línea por medio del tono, desterrando la silueta? ¿Cómo decirles que el dibujo no existe para mí más que en esa confusión de vibraciones del espacio? ¿Cómo explicarles ese vago misterio, esa nube de sutilezas que corre por el aire y que nuestra escuela lucha por sorprender, por sorprender con toda la espontánea fuerza del natural? Estas cosas se

sienten y no se explican, — dijo, apretándose la frente con la mano.

Luego, mirando París nevado, nos dijo:

— Observad ahora mismo este fondo, y decidme dónde acaba una línea y empieza otra.

Miramos, y vimos el sol pálido que, detrás de una cortina de niebla, parecía apoyar los labios en la cima de las montañas, dando un beso á la tierra, antes de despedirse de ella; vimos el llano que reflejaba el cielo en oleadas blancas como la espuma, y vimos los colores que suben del suelo y otros que bajan de las nubes, para abrazarse en el espacio y morir con el día.

— Esta es la hora sublime, — nos dijo nuestro amigo. — Esta es la hora en que muere la línea y sólo impera el color: Mi sueño dorado sería vivir siempre en esta hora de agonía, y pintar en un globo, donde estuviera lejos, muy lejos de la tierra.

*
**

— ¡Qué diversidad tan grande de locuras hay en ella! Y ¡qué repertorio tan grande de sufrimientos tiene para sus hijos! — pensamos al alejarnos, dejando al pobre artista solo en aquella fría nevera, donde sólo ardía un pensamiento. La idea de la línea nos asaltó durante todo el camino, y al pasar al lado de un muro interminable, y al ver nuestra sombra dibujada en él, á la luz de los faroles, creciendo á intervalos y borrándose para surgir más grande, creímos que nos perseguía aquella eterna silueta de que hablaba nuestro amigo, y apretamos el paso para llegar antes al Molino.